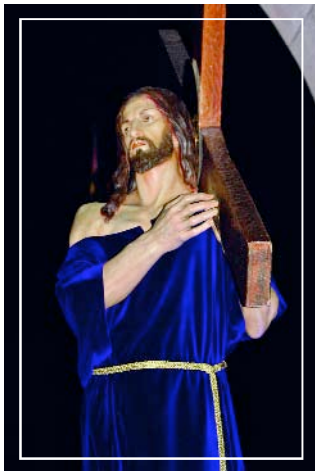


En el Huerto, los buñuelos de Tere están a punto. Dos reporteros de Canal 9 graban la corona de Jesús, totalmente calcinada



El Martes Santo le llamó tanto la atención ver tantas caras jóvenes entre los penitentes. Semblantes serios y pensantes. En profunda oración

mente Crevillente es muy pequeño, pero su distribución y cuestas lo hacen complejo para el foráneo.

En el Huerto, los buñuelos de Tere están a punto. Dos reporteros de Canal 9 graban la corona de Jesús, totalmente calcinada. Con el objeto de realizar una réplica para lucirla en el Museo, los cofrades la tuvieron una noche en una conocida fábrica de muebles, Moblibérica, donde un fatal incendio acabó ese mismo día con gran parte de la factoría. Rápidamente buscaron solución, y la encontraron en el taller de Benedicto Martínez, en Redován.

Esos buñuelos debían estar de miedo, pensó mientras subía por la calle San José. En lo alto se encontró con la Verónica. Desde lo lejos le pareció verla triste. Se acercó al máximo para contemplar cómo unas mujeres se desvivían en su arreglo. Sí, eso era una lágrima…

–Desde hace unos días echo en falta a Rafael. Me parece imposible aceptar que se ha marchado. Su sonrisa, su generosidad, su amor, su trabajo. Nunca lo olvidaremos–, dijo la Santa Mujer Verónica, a la vez que una segunda lágrima resbaló por su mejilla muy despacio.

Siguiendo a los reporteros descubrió un nuevo paso, el que en la villa se conoce con el nombre del Pollastre. Unos niños lo fotografiaban entre risas, mientras un hombre lo desempolvaba con cuidado. A pocos metros de allí, el Rescatado era subido en su trono. También muy cerca, en una pequeña nave industrial jóvenes y mayores daban los últimos retoques a la Santa Cena y El Nazareno, que una vez arreglado era acariciado por los cofrades más pequeños.

Tras un susto en forma de fugaz lluvia sobre las cuatro de la tarde, las cofradías y hermandades se afanan para preparar sus pasos, que son conducidos a hombros de costaleros hasta la iglesia. Miles de personas aguardan ver a familiares y amigos en este sencillo acto al que crevillentinos y crevillentinas de todas las edades suelen acudir tras el trabajo y con el tiempo muy justo.

Bajó del campanario al ver que el último paso estaba ya entrando en Belén. Acababan de sonar las nueve. Qué poco tiempo hasta la próxima procesión, pensó, mientras se acercaba a contemplar la talla de San Juan. En ella descubrió una sonrisa que no había visto antes y, junto a ella, una lágrima ya seca.

–Padre, ¿has visto lo mismo que yo?–, apuntó el Evangelista.

–¿A qué te refieres exactamente?–, contestó el Jesús de El Huerto.

–Tú que has entrado muy poco antes que yo lo has debido ver, seguro. Estoy tan emocionado.

–Dinos, hombre, nos tienes intrigados–, dijo desde la otra punta San Pedro.

–Tendría 90 años. O más. Y a cada paso que por su lado pasaba, ella se levantaba de su silla de ruedas. Ni la edad ni su avanzada y visible enfermedad podían impedirlo.

–Yo la vi, hijo mío, y su fortaleza bien vale la lágrima que derramaste–, incidió El Rescatado-, ¿pero a qué viene tu sonrisa?

–Es que a muy pocos metros de esta anciana he reconocido a la tradición crevillentina